

ISABEL

(*Al Padre Víctor.*) Y á usted y á todos. No hay cuidado, ya estoy buena y para siempre. ¿Verdad, doctor? Para siempre.

ANDRÉS

¿Quién lo duda? Vamos, despídete del doctor.

DOCTOR

Acompaño á usted hasta el coche.

ISABEL

De su brazo, ¡doctor! También del tuyo; así, como una enfermita convaleciente que vuelve á la vida... necesito apoyo y cariño, mucho cariño... (*Van saliendo.*)

VICENTA

(*Al Padre Víctor.*) ¿Habló usted á Andrés?

P. VÍCTOR

Sí. No teman ustedes. Sabe cuál es su deber, sabrá cumplirle.

VICENTA

¿Pero esa hija?... ¿Qué será de su hija?

P. VÍCTOR

Usted, como madre y como cristiana, ¿cree usted que puede abandonarla?

VICENTA

Eso no. ¿Qué culpa tiene esa criatura?

P. VÍCTOR

Entonces deber de todos es ayudarle á cumplir con su deber.

CUADRO SEGUNDO

Gabinete modesto.

ESCENA ÚNICA

EMILIA y ANDRÉS

ANDRÉS

(*Después de escribir.*) No tienes que pensar en nada... Te presentas todos los meses en casa de don Joaquín y él se encargará de todo. Si alguna vez necesitas algo más...

EMILIA

Es demasiado.

ANDRÉS

Es cuanto puedo hacer.

EMILIA

¿Porqué dices eso? ¿Crees que yo puedo dudar de ti? Ni tú de mí; aunque ves cómo acepto con tanta conformidad todo lo que tú dispones. No es por mí, bien lo sabes; yo sola nada aceptaría. ¿Pero qué puedo hacer? Los únicos parientes que me quedan seguirán negándose su protección como siempre; pero ahora justificarían su abandono con mi conducta. De mi trabajo, ¿qué puedo esperar? Me sería difícil volver á encontrar lecciones; las gentes se enteran de todo; por ti mismo debo evitar que nadie sepa de mí; desde ahora viviré

más retirada; sola con mi hija y solo para ella, y espero que algún día podré responder fielmente de cuanto me confías generoso, que no tendrás que pedirme cuentas ni de estos intereses ni del porvenir de tu hija, ¡nuestra hija! Puedes estar tranquilo aunque estés lejos... Sin ti, no me queda más que ella en el mundo... Figúrate cuál será mi vida, ella solo y siempre... Yo te aseguro que cuando las penas y los dolores de este mundo lleguen á punzar siquiera su corazón habrán destrozado antes el mío...

ANDRÉS

Por ella no es mi pena, le basta con tu cariño. De mí ni se acordará mañana.

EMILIA

Se acordará siempre.

ANDRÉS

¡Sí, un nombre, una idea... á su edad. Si yo supiera que para ella el no verme mañana como todos los días era tan horrible pena como lo será para mí... pero no, cualquier juguete bastará á borrarle de su memoria... Tenía yo cinco años cuando murió mi madre, y dicen que yo no sabía estar más que en sus brazos; mi madre había de vestirme, mi madre había de lavarme, darme de comer... «Este hijo me tiene hecha una esclava», dicen que repetía á cada paso, besándome al decirlo, de seguro... Y murió, y todos temían que yo lo adivinara, y todos se preguntaban: «¿Qué será de esta criatura sin su madre?» Y cuando me llevaron á verla muerta... á la madre de mi alma, á mi esclava... ahora lo recuerdo con espanto... fijándome en una corona de flores como ante un nuevo juguete... «¡Qué bonita corona!

¡Qué bonita! Para mí la corona...» Es horrible, ¿verdad? ¡Pero los niños son así! Dios lo hace; todo es vida en ellos y solo la vida los llama; no tienen tristezas para lo que muere ni para lo que se aleja... son crueles como la vida... más atenta á lo que nace que á lo que muere. Demasiado pronto pesan en el corazón los recuerdos... ¿Qué?

EMILIA

Creí que se había despertado.

ANDRÉS

Que no despierte, que no me llame...

EMILIA

No llama siempre juntos... «mamá», «papá»; no sabe separar nuestros nombres... Y ya, ¿quién sabe? No volverá á vernos juntos... Ni debemos esperararlo.

ANDRÉS

No; Dios nos castiga porque pensamos ser dichosos á costa del dolor ajeno.

EMILIA

No, no lo pensamos, no hables así... Yo no deseé nunca su muerte.

ANDRÉS

Pero creímos que nunca volvería.

EMILIA

Yo no sé... no lo pensaba nunca, no quería pensarlo.

ANDRÉS

Es verdad, es verdad. Es preciso afrontar nuestra conciencia. Creimos que nada nos separaría, creimos ser felices. ¡Dios nos castiga! ¡No quiera castigarnos en nuestra hija!

EMILIA

¡No, eso no! ¡Ella no! Ahora soy yo quien debiera morir. Muerta yo, nuestra hija sería solo tuya... vuestra, la que perdisteis, lleva su nombre; estoy segura de que hallaría otra madre... ¡Seríais tan dichosos!... ¡Qué hermoso sueño! ¡Yo soy quien debe morir!... ¡Llévame, Dios mío!

ANDRÉS

¡Calla! Llorar y reza, pero sin vanos deseos... Hágase la voluntad de Dios, eso has de decir... Es tarde...

EMILIA

¿Vuelves hoy mismo?

ANDRÉS

Sí, me esperan... Me escribirás, como te he dicho, lo que baste para saber de vosotros.

EMILIA

Descuida. Lo que basta para saber de tu hija... ¿De mí? ¡Si ella vive contenta!... ¿Qué más quieres saber? No inquietarán tu vida mis palabras de cariño... ¡Nuestro cariño! Dios querrá perdonarlo... ya solo queda un remordimiento... y un deber... ¡Adiós!

ANDRÉS

No; la mano... ¡Adiós!

EMILIA

¿No quieres verla? Duerme, no te llamará... ¡Quién sabe cuándo volverá á verte!

ANDRÉS

Sí, sí... verla, sí... pero ahora me falta valor; comprendo que debo aparentar alegría, que no vivo para mí solo...

EMILIA

Es verdad. ¡Pobre Andrés! Y yo mañana, cuando me pregunte... ¿Cómo podré fingir alegría? ¡Calla! Se ha despertado... Sí...

ANDRÉS

¡Chist! Que no me sienta. ¡Adiós!

EMILIA

¡Espera! ¡Andrés de mi alma! ¿Oyes? «Papá», «mamá»... Siempre al despertar...

ANDRÉS

¡Hija mía! ¡No puedo, no puedo!... ¡Quiero verla! ¡Hija mía! ¡No es posible, Dios mío, no es posible!

FIN DEL ACTO PRIMERO